

El Trabajo Social y sus múltiples dimensiones: hacia la definición de una cartografía de la profesión en la actualidad

Adela Claramunt Abbate

Resumen

El trabajo que se presenta es el resultado de la búsqueda permanente por dar respuesta a una pregunta considerada central para quienes trabajan en la enseñanza de futuros Trabajadores Sociales, con relación a qué es la profesión o incluso, con la mirada puesta en el horizonte: lo que la profesión podría ser. Esa pregunta es precisamente: ¿en qué consiste el Trabajo Social y qué características adquieren sus principales componentes en el contexto actual?

Sin duda se trata de una interrogante amplia y por ende abarcativa, por lo que se parte del supuesto de que las respuestas serán también de índole similar, lo que implica dejar por el camino las peculiaridades que adopta la profesión en cada área de trabajo o en cada práctica profesional con todas sus derivaciones, complejidades y especificidades.

I. El Trabajo Social¹ y las transformaciones de la sociedad actual

Se parte de concebir a la profesión como un producto sociohistórico -con continuidades y rupturas- signada por múltiples determinaciones que la configuran y reconfiguran como profesión social e institucionalmente legitimada. El Trabajo Social se encuentra atravesado y determinado por el contexto macrosocial e institucional en el que se inscribe. Desde esta perspectiva resulta imposible comprender la profesión y cómo esta se expresa en la práctica, sin tener en cuenta las

transformaciones sociales vividas en los últimos años.

Los cambios generados en los años 70 y que se manifiestan cada vez con mayor claridad en los 80 y los 90, se encuentran profundamente asociados al proceso de globalización por el cual se constituye una fase del capitalismo, en la que las empresas que operan a escala planetaria desarrollan un poder creciente, se produce una mayor integración y comunicación comercial entre los países y las naciones viven a su vez, una pérdida creciente de soberanía frente a los centros de poder que no son ya Estados, sino empresas transnacionales (Coriat, 1994).

Es en este contexto que se producen cambios en el mundo de la producción, en el Estado y dentro de éste, en sus formas de atender las manifestaciones de la cuestión social a través de las políticas sociales, así como

¹ En este artículo se utiliza indistintamente los términos Trabajo Social y Servicio Social para hacer referencia al campo profesional, puesto que si bien en Uruguay se ha extendido la utilización del primero, en la región se emplean ambas expresiones.

transformaciones en los distintos actores sociales que se ubican en la denominada sociedad civil.

Hobsbawm (1998) expresa que desde la década del 70 asistimos a lo que denomina la "Era del Derrumbamiento", período histórico que se caracteriza por la descomposición, la incertidumbre y la crisis, donde se producen importantes reestructuraciones del capitalismo, del Estado y del mundo del trabajo. En este mismo período se produce un fuerte desarrollo tecnológico y se avanza sustancialmente en la investigación científica, en las comunicaciones y en el transporte, al mismo tiempo nos enfrentamos a procesos destructivos, a riesgos ecológicos y sociales derivados muchos de ellos del armamentismo y la destrucción masiva de recursos naturales. Paralelamente se instala una agenda neoliberal, se desmorona el Estado de Bienestar y la condición salarial que se consolidara en la Época de Oro (1945-1973).

La reproducción del capital se transforma hasta arribar a la actual "era de la acumulación flexible y desreglamentada" (Antunes, 2001:37), la que impacta generando procesos sociales caracterizados por la precarización de las condiciones de trabajo, el debilitamiento de las relaciones colectivas, la desarticulación de "la clase-que-vive-del-trabajo" (Antunes, 2005: 91). Se advierte además la existencia de las siguientes secuelas del cambio de padrón de acumulación: la reducción del proletariado fabril estable, la polifuncionalidad en el trabajo, la flexibilización y desconcentración de la producción, la emergencia de un nuevo proletariado precarizado, desregulado, tercerizado, *part-time*, subcontratado, domiciliario, el aumento del trabajo femenino e infantil y la exclusión de jóvenes y viejos del mercado laboral (Antunes, 2001: 42-43).

Desde otras perspectivas teóricas, diferentes autores plantean que se asiste hoy a una nueva cuestión social (Rosanvallon, 1995) o una profunda metamorfosis de la vieja cuestión social (Castel, 1997), la que se expresa además por el desempleo de larga duración, la exclusión o desafiliación y nuevas formas de

pobreza y marginalización social. Al mismo tiempo que se transforma la cuestión social se producen profundos cambios en el Estado, incluyendo transformaciones en el proceso de institucionalización de las políticas sociales, a las que el Trabajo Social se encuentra indisolublemente unido. El padrón de bienestar keynesiano/beveridgiano basado en el modelo de producción fordista es puesto en cuestión a partir de los años 70, adquiriendo desde entonces predominio la propuesta neoliberal, con la que se reedita el *laissez faire* y en caso de que no se pueda resolver las necesidades en el mercado, se propone apelar a la familia y a la comunidad. (Laurell, 2000: 244) De esta manera se diluye la responsabilidad colectiva en la provisión de la protección social responsabilizando a los individuos y sus familias; se trata del "neoliberalismo familiarista", como lo denomina De Martino (2001).

En los servicios de orientación y apoyo a las familias predominan las concepciones estereotipadas acerca de las mismas y de su papel, así como las propuestas residuales centradas en la atención de situaciones límite y no de las necesidades cotidianas de las familias (Miotto, 2001). Se trata del desarrollo de políticas emergenciales en las fases más crueles de las problemáticas. Según afirman diversos autores estas apuestas desconocen que para las familias poder cuidar de sus integrantes requiere ser cuidadas a través de la generación colectiva de las condiciones necesarias para ello (Miotto, 2000).

Las características de los potenciales beneficiarios de las políticas sociales adquieren mayor relevancia que la dimensión social de los problemas. Las familias se enfrentan a la imposición de comprobar que han fracasado en el desempeño de sus funciones de reproducción y cuidado de sus miembros, para poder acceder a algún tipo de apoyo estatal.

Por otro lado, la gestión de las políticas sociales adopta nuevas modalidades que se confrontan con el modelo anterior (universalista, centralizado, estatal) y así aparecen criterios orientadores tales como: la focalización, la privatización, la descentralización

ya la participación de la sociedad civil en la ejecución de programas y servicios sociales.²

Este cuadro sociohistórico, presentado en apretada síntesis, constituye a la profesión de Trabajo Social en la actualidad, en el sentido de que conforma y atraviesa el ejercicio cotidiano del Trabajador Social, afectando sus condiciones y relaciones de trabajo, así como las condiciones de los usuarios de los servicios sociales en los que por lo general se desempeñan la mayor parte de nuestros profesionales. (Iamamoto, 1998) Se asiste en los locales de trabajo a un crecimiento de la demanda de servicios sociales de diferente índole (alimentación, vestimenta, vivienda, salud, cuidado de niños, enfermos y ancianos, etc.) y a un aumento de la selectividad de la población objetivo de las políticas sociales, a los que se suma una disminución de los recursos, de los salarios, y la profundización de restricciones en lo que refiere a la concreción de los derechos sociales que habitualmente se materializan en servicios sociales de carácter público.

Esta situación genera nuevos y complejos desafíos al Trabajo Social que como toda profesión se encuentra constituida por una dimensión práctico-interventiva y supone un bagaje teórico metodológico que permita explicar la vida social y visualizar posibilidades de interferir en esos procesos sociales. Es a través de sus diferentes dimensiones o componentes que estos desafíos se ponen en movimiento.

II. Dimensión investigativa de la profesión

El Trabajo Social en la actualidad constituye una intervención profesional situada en el contexto de las ciencias sociales y humanas, por lo que viene sosteniendo una preocupación constante por la producción de conocimientos referidos a diversos procesos sociales; estudiando fundamentalmente

las características de los sujetos con los que trabaja, los problemas sobre los que actúa, las prácticas que como profesión desarrolla, particularmente en el campo de las políticas sociales, área privilegiada de inserción de esta profesión, así como los procesos sociales más amplios que determinan a los anteriores en múltiples facetas. Todo ello enmarcado en una relación de reciprocidad con las ciencias sociales y humanas, por lo que podríamos afirmar que de ellas se nutre y a ellas aporta.

Lo difuso de las fronteras entre las disciplinas se halla marcado en la actualidad por una tendencia que apunta a una forma de concebir las ciencias sociales y a sus interrelaciones en la producción de conocimiento científico sobre diferentes aspectos de la realidad social.³ El "cientista social" se define más allá de su profesión de base o disciplina de pertenencia, como aquel que produce conocimientos que posibilitan el acercamiento a la comprensión de la realidad social y al diseño, planificación y ejecución de líneas de respuesta a distintas situaciones de ésta. (Sarachu, 2004) No obstante, en el desarrollo de las diferentes disciplinas y profesiones el foco de abstracción básico puede ser identificado y se relaciona con el tratamiento de un conjunto de elementos, que interconectados determinan la existencia de éstas.

En el caso del Trabajo Social y más allá de la complejidad y heterogeneidad de este campo profesional, se podría definir su foco de estudio y acción a partir de lo planteado por Lucia Freire: "La acción social de los participantes de determinados contextos sociales en las situaciones que implican la atención de sus necesidades humanas" (1983: 23). entendidas estas últimas en toda su amplitud e interdependencia (Pereyra, 2000).

La dimensión investigativa del Trabajo Social contiene múltiples expresiones, es decir que se manifiesta de diferentes formas

2 El análisis en profundidad de estas "nuevas" modalidades excede las características de este trabajo, existiendo una amplia bibliografía de referencia para ello, destacándose los aportes de: Laurell, 2000; Midaglia, 2000; Filgueira, 1998; Kameyama, 2001

3 Para profundizar en las posibilidades y límites de las apuestas interdisciplinarias, tanto en la producción de conocimiento como en procesos de intervención, resultan significativos los aportes de: Japiassu (1976); Errandonea (1992); Mourao Vasconcelos (1997) y Seiblitiz (1995).

en la práctica profesional e implica el desarrollo de estudios acerca de la realidad en la que por lo general interviene. Conceptualizamos esta dimensión investigativa incluyendo en su interior dos grandes posibilidades: la de investigar como insumo imprescindible para la intervención en procesos asistenciales y socioeducativos, así como también y especialmente, la producción de conocimientos en términos de procesos de investigación social que trascienden las necesidades interventivas inmediatas y buscan como principal objetivo, contribuir a la comprensión de la realidad social, como lo han hecho históricamente los diversos científicos sociales, cuyo quehacer fundamental se encuentra identificado con la tarea de investigación.

En general, los trabajadores sociales no desarrollan en sus inserciones profesionales -dado que no suele demandarlo el mercado profesional- investigaciones en el sentido estricto del término, sino que implementan procesos investigativos que atraviesan su intervención, nutriéndola de conocimientos empíricos que dan cuenta de la situación particular en la que intervienen y aportes teóricos que les permiten comprender dichas situaciones, así como definir líneas y estrategias de intervención, actuando entonces la teoría como "caja de herramientas" (Foucault, 1979).

En esta expresión de la dimensión investigativa se pone en movimiento una "actitud investigativa", que implica prestar atención y tiempos al registro, a la sistematización de procesos y a la reflexión sistemática sobre el trabajo. Estos aspectos del quehacer profesional, suponen muchas veces luchas a la interna de los marcos institucionales en que se desempeñan los trabajadores sociales, ya que los tiempos y los recursos planificados desde las organizaciones contratantes, en general, no prevén la necesidad de dichas acciones. No obstante, la práctica profesional se encuentra indisolublemente unida a la actividad pensante y a la producción de conocimiento; se sustenta en una teoría, la que a su vez orienta la acción. En definitiva sostenemos que es la concepción de teoría y práctica como unidad

la que nos permite avanzar en la aproximación a la verdad, al conocimiento de la realidad social y a sus posibilidades de transformación (Kameyama, 1989).

En este sentido la dimensión investigativa del Servicio Social se expresa como un proceso sistemático, reflexivo que incorpora elementos teóricos y empíricos analizando sus interconexiones, en procura de una reconstrucción del objeto de intervención. Esta dimensión se constituye -en el quehacer profesional- en un proceso de movilización intelectual que apunta a problematizar aquellos procesos naturalizados, aceptados socialmente, desmitificando sus contenidos, apuntando en definitiva a desocultar las relaciones entre naturaleza, hombre y sociedad.

Así Grassi destaca la necesidad de "(...) hacer de la intervención una práctica profesional orientada por las categorías con las que se define activamente al problema y no por los supuestos implícitos contenidos en la definición ya dada" (1994:50). Problematizar significa por tanto cuestionar lo que aparece como natural y es parte del esfuerzo de superar las apariencias primeras, incluye el ejercicio de "(...) formularse preguntas, buscar las múltiples definiciones y reconocer los sujetos de éstas y los argumentos que sostienen (explícitos o implícitos) buscar relaciones entre fenómenos, etc., a partir de los cuales un acontecimiento deviene 'problema' que demanda algún tipo de intervención (o solución). E implica redefinirlo" (Ídem: 50).

El hecho de que determinadas situaciones se constituyan como "problemas sociales", o a la inversa la "desproblematización" de otras, implica confrontaciones y luchas vinculadas a la significación de las mismas por parte de actores diversos. Si no se produce -mediante el despliegue de lo que denominamos dimensión investigativa de la profesión- la necesaria desnaturalización de los problemas que se le presentan como tales al profesional, no hay una efectiva autonomía en el quehacer y por ende no se produce un efectivo dominio acerca de él. En este sentido coincidimos con Grassi cuando afirma que "la investigación en

Trabajo Social no sólo es una herramienta en el proceso de intervención, sino que se inscribe en la posibilidad misma de constituir la práctica profesional⁴.

En los procesos de división sociotécnica del trabajo el Servicio Social ha sido asociado al hacer más que al conocer, pero el accionar intencional y dirigido del profesional incluye y requiere la dimensión investigativa. Lo que habitualmente sucede es que estos procesos de conocimiento no siempre son documentados y visibles (García Espíndola, 2004), lo que se encuentra condicionado por los requerimientos y exigencias de las organizaciones contratantes.

Esto no significa que todos los trabajadores sociales deban ser investigadores en el sentido estricto del término -como algunos de ellos lo son- sino que esto es parte del trabajo colectivo de múltiples y diversos profesionales, especialmente de aquellos que se desempeñan en el ámbito académico, formando permanentemente tanto a nuevos como a viejos trabajadores sociales, en forma directa o a través de sus producciones escritas.

III. Dimensión asistencial

Lo que hemos dado en denominar como dimensión asistencial del Trabajo Social es el componente del accionar profesional que se encuentra más estrechamente asociado a la existencia y otorgamiento de servicios, prestaciones y recursos. Aquí nuestro desempeño se ubica en el desarrollo de procesos por los que se intermedia y gestiona la vinculación entre las organizaciones que prestan dichos servicios (públicas, privadas, mixtas) y sus destinatarios. Implica la identificación de los recursos sociales existentes y su caracterización, así como el manejo de los mecanismos de acceso, para poder orientar a las personas que así lo necesiten en nuestros diferentes espacios de trabajo. A su vez, incluye todas las acciones que facilitan el acceso de las personas a los organismos prestadores y que hacen saber a éstos, las necesidades de la población.

Es una dimensión que tiene presencia explícita desde los orígenes o primeras expresiones históricas de nuestra actividad profesional, no obstante ello, ha sido objeto de estigmatizaciones y rechazos en ciertos momentos de la profesión que perduran hasta la actualidad. Así ocurrió en nuestro país en la década del 80 y comienzos de los 90, para algunos sectores profesionales que tuvieron cierta hegemonía en el colectivo de Trabajo Social, para los que la tarea asistencial de la profesión pasó a tener un carácter secundario cuando no un aspecto a ser desterrado de la actuación profesional. Las tensiones propias del desarrollo de la profesión en su proceso de institucionalización, la han llevado por caminos de movimiento pendular para superar fases anteriores de su devenir histórico, y en ese movimiento ha tendido a rechazar y descartar acciones que han sido propias de la profesión prácticamente desde sus orígenes. Se entiende que esto ha influido en la consideración de muchos de nuestros profesionales acerca del componente asistencial de la profesión.

Por otro lado, se ha sumado la preocupación legítima -reeditada por ejemplo en las nuevas generaciones de estudiantes de Trabajo Social- de no caer en el asistencialismo y por ende, en la generación en los beneficiarios de los servicios y programas sociales, de una subjetividad con un fuerte carácter dependiente y disciplinado a las pautas de los organismos que otorgan el acceso a recursos de diferente índole. Quizá la distinción nítida entre acciones asistenciales y asistencialismo⁴ sea un elemento fundamental para superar esa suerte de rechazo a la dimensión asistencial de nuestra profesión que hoy denotan algunos sectores profesionales.

Hoy podemos afirmar que es necesario reflexionar y debatir para poder redimensionar el contenido dado a este componente asistencial de nuestro accionar, sobre todo atendiendo a la gravedad

⁴ El asistencialismo se caracteriza sobre todo por el desarrollo de acciones asistenciales que no se basan en el reconocimiento de los derechos sociales de sus usuarios, sino en el paternalismo y en el clientelismo

y agudeza de las problemáticas sociales asociadas a situaciones de carencia material y de servicios fundamentales para la vida humana (educativos, de salud, habitacionales, de alimentación, de cuidado de niños, ancianos y enfermos, etc.). Teniendo presente además las transformaciones sociales a las que asistimos, especialmente y como hemos visto en apartados anteriores, a los cambios en el Estado y la “sociedad civil”, determinados sobre todo por las transformaciones en los patrones de acumulación capitalista.

En este sentido, al repensar nuestro desempeño en el terreno de lo asistencial, debemos tener presente algunas cuestiones que indican ser centrales. Por un lado, que el desarrollo del componente asistencial desde el Trabajo Social implica el acceso a recursos para la reproducción biológica y social de muchos habitantes: subsidios monetarios, vivienda, salud, alimentación, educación, servicios públicos, etcétera. Esta facilitación del acceso a recursos y servicios se halla asociada a la habilitación de los derechos de los beneficiarios de los mismos en su calidad de ciudadanos, componente central de la intervención profesional.

Por otro lado, desde el Trabajo Social podemos actuar apuntando al mejoramiento de la calidad de los servicios y programas sociales, humanizando su acceso, a partir de la consideración de los usuarios como personas y sujetos de derechos y no como un número o un expediente. Esto nos lleva además a considerar “la voz” de los sujetos, a propiciar su fortalecimiento y la escucha atenta hacia los beneficiarios por parte de los efectores públicos. Todo ello implica procesos de desburocratización de las relaciones entre prestadores de servicios sociales y los sujetos que los “reciben”.

Podemos, por otra parte, aportar e incidir en la elaboración e implementación de políticas sociales viables y eficaces que faciliten recursos humanos y materiales acordes a las necesidades y vivencias de los sujetos con los que trabajamos, ya sea directa o indirectamente. Es posible contribuir además con el desarrollo de una actitud crítica hacia las propuestas que vienen “prefabricadas” desde otros contextos sin considerar su adecuación o su rechazo de acuerdo con las trayectorias, aprendizajes y acumulaciones de nuestra propia sociedad.

Otros aportes del Servicio Social pueden orientarse a la mejor organización y articulación de las políticas sociales de modo de evitar innecesarias superposiciones de programas y servicios y aumentar las posibilidades de atender necesidades efectivas de la población.

También tenemos un papel a desarrollar en términos de la denuncia acerca de la disminución de los recursos materiales y humanos para la implementación de las políticas sociales. A su vez la atención al problema que algunos autores consideran como “desmaterialización” del trabajo social en el ámbito de los servicios sociales, donde además de la escasez de recursos en muchos casos se observa que cada vez menos es el Trabajo Social, como tal, quien determina el acceso a los mismos.

Se podría considerar aquí el problema del clientelismo político y el desarrollo del voluntariado social, que pueden hallarse asociados a esta posible desmaterialización de la profesión. Son otros agentes: político partidarios y también voluntarios, los que se ocupan en muchos programas sociales del desempeño de estas tareas con consecuencias diversas en la vida de la población. Es de destacar en este sentido cómo se incrementan los riesgos de disminución de la autonomía y de los niveles de emancipación de distintos grupos poblacionales que se ven sometidos a diferentes modalidades de clientelismo, por las

que “se deben” a un partido o a un sector, o a una organización no gubernamental o grupo de voluntarios sociales. Clientelismo que se ve incrementado por orientaciones que visualizan los programas y servicios sociales como una dádiva -resultante de la “generosidad” de sus patrocinadores- que se otorga a los beneficiarios, y no como un derecho adquirido socialmente a través de las luchas sociales y que es propio de cada individuo por su condición de ciudadano.

IV. Dimensión socioeducativa

Esta dimensión o componente del accionar profesional, también ha estado presente desde los primordios en la actividad de los trabajadores sociales, adquiriendo contenidos diversos. Consiste básicamente en todos aquellos procesos que se desarrollan con el objetivo de incidir y transformar de algún modo las formas de pensar y de actuar de las personas con las que trabajamos, “...interfiriendo en la formación de subjetividades y normas de conductas, elementos constitutivos de un determinado modo de vida o cultura, como diría Gramsci” (Gómez y Maciel, 2000: 142).

Según las orientaciones ético políticas y teórico-metodológicas de los profesionales serán los principales énfasis dados a esta dimensión de su trabajo. Así encontramos profesionales que se identifican (consciente o inconscientemente, explícita o implícitamente) con las demandas de la clase dominante de la sociedad -la que por otra parte fue la principal interesada en la existencia de profesiones como la nuestra- y por ende actúan con un enfoque educativo que apunta al disciplinamiento y adaptación de los sujetos con los que trabajan, a las necesidades de reproducción del capital, contribuyendo a su ubicación como sujetos subordinados, lo que fue propio de los orígenes de la profesión y se mantiene en cierta medida y de maneras diversas, hasta la actualidad.

No obstante, existe otra orientación a la interna profesional que se identifica con los

intereses de las clases subalternas de la población y alienta su fortalecimiento a través de su accionar, tanto en el trabajo directo con dicha población, en la asesoría para el diseño de las políticas sociales, como en sus producciones académicas. Esta orientación dentro del Trabajo Social, informa el carácter dado a la dimensión socioeducativa que apunta en estos casos al fortalecimiento y mayor organicidad de los sectores subalternos de la población por medio de múltiples y diversas modalidades, procurando su efectiva participación y su conformación como sujetos protagonistas y con capacidad contestataria ante las imposiciones del orden social actual. Algunas producciones que analizan estas cuestiones acerca de la profesión señalan que esta última orientación profesional -sobre todo en aquellos trabajadores sociales dedicados a la práctica interventiva propiamente dicha- es aún minoritaria (López, 1998; Gómez y Maciel, 2000).

A pesar de esto último se encuentran múltiples experiencias en las que los trabajadores sociales emprenden acciones socioeducativas que implican un desarrollo de procesos de aprendizaje y cambio en las condiciones materiales y simbólicas de los individuos, familias, grupos, organizaciones y movimientos sociales con los que se trabaja. En estos casos se estimulan y promueven nuevas formas de relacionamiento, nuevas prácticas sociales que posibiliten el desarrollo de potencialidades y capacidades de estos sujetos de carácter intelectual, afectivo, organizativo, material, etcétera.

En todos estos procesos lo grupal adquiere especial importancia como ámbito privilegiado de aprendizaje y de sostén ante la posibilidad de los cambios, de lo que se muestra como nuevo y por tanto difícil de asumir por parte de individuos aislados. Es con otros que estos procesos pueden verse facilitados por los soportes que lo colectivo puede ofrecer. En este sentido se estimula la formación de grupos y otras formas de asociativismo, con la finalidad de que las personas y familias se conecten, problematicen su situación y defi-

nan sus aspiraciones y proyectos con relación a su calidad de vida, detectando y movilizan-do recursos que las satisfagan. Se aprecia una vez más aquí, las interconexiones imprescindibles entre los diferentes componentes o dimensiones de la actividad profesional de los Trabajadores Sociales, en el sentido de que más allá de los énfasis que se coloquen en la intervención, difícilmente una dimensión del quehacer profesional se dé sin la presencia -más o menos notoria- de las restantes dimensiones.

En definitiva, y como expresa Adriana García (2004) la dimensión socioeducativa es un componente del accionar profesional que posibilita la generación de aprendizajes socialmente compartidos, por sujetos que fortalecen de este modo su capacidad de analizar su realidad, plantear alternativas de cambio y definir su direccionalidad, así como participar activamente en procesos de negociación con otros actores y de gestión de las soluciones o alternativas que se proponen.

En este marco se estimulan procesos de movilización de los propios sujetos involucrados, de modo que problematicen su situación e identifiquen y analicen los factores económicos, sociales, políticos y culturales que están incidiendo en su situación, y que definan alternativas de acción contando con la información y la formación requerida para adoptar decisiones viables acordes a sus intereses y necesidades. Al mismo tiempo se evita que las expresiones de la cuestión social que se encuentran presentes en lo cotidiano de la vida y del trabajo de las clases subalternas, se transformen en cuestiones psicológicas de carácter y responsabilidad meramente individual.

El Servicio Social además aporta en la traducción de lenguajes (Matus, 1992: 41-42) de los diversos grupos y actores que coparticipan de las diversas situaciones, así como en la divulgación en términos cotidianos de conocimientos de las disciplinas científicas, movilizan-do información y capacitando en el manejo de técnicas y de procesos (Plan de Estudios 1992 de la Licenciatura en Trabajo Social - Facultad de Ciencias Sociales - Uni-

versidad de la República). Las prácticas profesionales contienen el desafío de respetar el conocimiento popular o saber cotidiano y a quienes lo construyen, partiendo de la importancia que estas formas de saber tienen para la reproducción y producción de la vida social. Pero al mismo tiempo se instala otro desafío y es el de no idealizar este saber, teniendo presente el peso que en él tienen la tradición, los preconceptos y prejuicios, los que actúan como obstáculos para el cambio y la generación de transformaciones que apunten a mejorar las condiciones de vida de la población.

Por otro lado, la utilización social del conocimiento científico y técnico disponible y su potencial contenido emancipatorio, aparecen como otros desafíos a ser atendidos por los trabajadores sociales, los que sin enclaustrarse en las tendencias científicistas de la "cultura de expertos" apuntan a fortalecer la dinámica humana en sus programas y proyectos de trabajo. Dicha dinámica propia de los seres humanos, remite a una serie de acciones que estos desarrollan habitualmente con mayor o menor énfasis: la orientación, la movilización y la organización, acciones que los trabajadores sociales que comparten una identificación con los intereses de la clase-que-vive-del-trabajo, tienden a estimular y fortalecer con su propio trabajo profesional. De este modo *la orientación* implica la puesta en movimiento de contenidos informativos y formativos requeridos para enfrentar las necesidades existentes, conectando recursos e información con los sujetos que viven dichas necesidades. Incluye la puesta en práctica de acciones tales como: capacitación, reflexión, problematización, desnaturalización de situaciones y procesos, etcétera.

La organización es la promoción de todas las formas de agrupamiento y asociación que son posibles para enfrentar las problemáticas planteadas, incluyendo acciones como la formación y fortalecimiento de grupos, comisiones, sindicatos, cooperativas, etc., potenciando la capacidad de reclamo y acción, aumentando la visibilidad de los actores sociales, a través de procesos de planificación y comunicación. Mientras que *la movilización*

incluye el estímulo y sostén para la realización de tareas y acciones de carácter amplio, que la población debe desarrollar para enfrentar sus necesidades y buscarle solución (por ejemplo, la elaboración y ejecución de proyectos, campañas, gestiones, etc.). Implica ponerse en movimiento luchando contra la resignación y la naturalización de los procesos sociales

La dimensión socioeducativa puede adoptar así una orientación que se dirija hacia la construcción de un proceso emancipatorio, mediante la participación colectiva de la población con la que trabajamos, contribuyendo a que ésta se afirme y autoperciba como sujetos en la sociedad en que viven, con derecho a usufructuar los bienes materiales e inmateriales que en ella se producen. Se busca fortalecer así la capacidad de desarrollar pautas de negociación entre los actores colectivos a su interior, con las instituciones y el poder público, apuntando a generar una democratización de las relaciones y a la construcción de una agenda pública que permita mejorar las condiciones y calidad de vida de la población.

El Trabajo Social actúa en estos procesos de corte socioeducativo ubicándose en el espacio intermedio entre la necesidad y su resolución, como en la dimensión asistencial: entre las demandas de la población y los servicios que otorgan las instituciones para las que trabajamos en general como asalariados. Esta situación nos impone límites pero también posibilidades que deben ser analizados y evaluados en cada circunstancia y coyuntura.

V. Dimensión ético política

Esta dimensión constitutiva de la actuación profesional, atraviesa los diferentes componentes del Trabajo Social ya analizados anteriormente en este documento; es decir, que se pone en movimiento incidiendo en todas las dimensiones que conforman el accionar de los trabajadores sociales. Remite a la discusión (y a su efectivización en la práctica) acerca de los valores que orientan la intervención profesional y que sitúan al tra-

bajador social de manera posicionada en las relaciones de poder que están presentes en su campo de actuación. Implica la opción entre proyectos sociales diversos, así como una concepción del mundo, del cambio social y del sentido de esa transformación, del lugar ocupado por el ser humano en las relaciones sociales, etcétera.

Sin duda que el debate sobre ética y política y su reencuentro, trasciende los territorios del Trabajo Social pero tiene repercusiones a su interna y es parte de esa búsqueda más amplia, que lleva a repensar la política y la práctica profesional como prácticas que tienen como horizonte la construcción de sujetos políticos colectivos y de una voluntad política que puede estar "(...) dirigida a la construcción de nuevas relaciones sociales, donde tenga lugar la constitución de una libre individualidad social (Marx, 1980), liberando al hombre de las trabas de la alineación en el proceso social de la vida" (Iamamoto, 2003).

En el terreno de la moral las acciones son valoradas como buenas o malas, justas o injustas, correctas o incorrectas. Así se conforman un conjunto de costumbres y hábitos culturales que se transforman en deberes y normas de conducta, los que responden a la necesidad de establecer parámetros de convivencia social relacionados a su vez a las condiciones socioeconómicas y culturales de cada momento histórico.

Por otro lado, si bien los términos moral y ética son utilizados como sinónimos, es posible establecer entre ellos algunas diferencias definiéndolos de la siguiente manera: *la moral* como práctica de los individuos en su singularidad y *la ética* como reflexión teórica y como acción libre orientada a lo humano genérico. Así la moral nace en las sociedades primitivas como respuesta a la necesidad de pautar la convivencia social y la ética nace con los griegos, como reflexión filosófica acerca de la moral, generándose así la ética como disciplina dentro de la filosofía. Las normas, pautas y deberes surgen de necesidades prácticas; la teoría y la reflexión acerca de ellas -propia de la ética- contribuye

a entender ese proceso, poniendo en cuestión su significado, aportando elementos para su transformación y orientando la práctica (Barroco, 2003).

La ética profesional implica el interrelacionamiento de distintas esferas: *la esfera teórica*, que contiene las grandes orientaciones filosóficas y teórico-metodológicas que están en la base de las diferentes concepciones éticas de la profesión (valores, principios, visión del hombre y de la sociedad, etc.); *la esfera moral práctica*, que remite al comportamiento práctico individual de los profesionales, así como al conjunto de las acciones profesionales en su organización colectiva, dirigida a hacer efectivos determinados proyectos con sus valores y principios éticos. Y *la esfera normativa*, que se resume y expresa en el Código de Ética Profesional, que prescribe normas, derechos, deberes, sanciones y orienta el comportamiento de los profesionales. Supone la elección con autonomía y responsabilidad frente a las opciones y sus consecuencias (Barroco, 2003; Iamamoto, 2005).

Cuando las personas adhieren conscientemente a determinadas normas morales, se está ante sujetos que actúan éticamente, es decir con niveles importantes de autonomía en el sentido que pueden decidir frente a lo históricamente posible de forma responsable y libre. No obstante, la conciencia y el conocimiento ético no resultan suficientes para hacer efectiva la ampliación de la autonomía de dichos sujetos. La realización de ésta "(...) supone la unidad entre ética y política, que se hace efectiva en el campo de los conflictos, de la oposición entre proyectos sociales, caracterizándose por la organización colectiva de la lucha entre ideas y proyectos que contienen valores y una dirección ética" (Barroco, 2003). Es en este sentido que afirmamos aquí la existencia de una dimensión ético-política que se encuentra atravesando las demás dimensiones propias del quehacer del Trabajo Social: la investigativa, la asistencial y la socioeducativa. El componente político de nuestro

accionar nos lleva a tomar posición a partir de reflexionar en torno de algunas interrogantes fundamentales: ¿al servicio de qué proyecto de sociedad colocamos nuestro trabajo? ¿al servicio de quiénes desarrollamos nuestra labor?

En la fundamentación del Código de Ética para el Servicio Social o Trabajo Social del Uruguay se transcribe un párrafo de lo aprobado a nivel del Mercosur por las organizaciones profesionales que dice lo siguiente: "Entendemos la ética como un espacio de reafirmación de la libertad, por lo tanto, como posibilidad de negación de los valores mercantilistas, autoritarios, utilitarios e individualistas que fundan la moralidad dominante en la sociedad capitalista. Como profesionales tenemos la responsabilidad de defender una ética que reafirme la capacidad humana de ser libres, o sea de escoger conscientemente, con protagonismo, las alternativas para una vida social digna". En este marco se definen una serie de principios y fines fundamentales que reflejan la discusión teórica acerca de la ética profesional a partir de la enunciación de una serie de valores: libertad, justicia social, igualdad, solidaridad y participación.

En términos generales dicho Código de Ética que orienta el accionar de los trabajadores sociales uruguayos, comparte con otros de la región algunos principios y valores humanistas, a saber:

- La identificación de la libertad como valor ético central, que requiere el reconocimiento de la autonomía, emancipación y plena expansión de los individuos en tanto seres sociales, y de sus derechos;

- La defensa de los derechos humanos contra todo tipo de arbitrariedad y autoritarismo;

- El fortalecimiento de la democracia y de la ciudadanía a través de la participación política y del acceso a la riqueza producida;

- Defensa y profundización de la equidad y la justicia social, a partir de la universalización del acceso a bienes y servicios y su gestión democrática, así como el desarrollo

de acciones integrales en la defensa de la ciudadanía;

-El compromiso con la calidad de los servicios que se prestan en articulación con otros profesionales y trabajadores en general;

-Estímulo del pluralismo, respetando las diversas corrientes profesionales democráticas, promoviendo el debate y la expresión de distintas perspectivas teórico-metodológicas y ético-políticas.

Estos principios y valores establecen referencias para la acción profesional en sus diferentes componentes, en el marco de las relaciones y condiciones de trabajo en que se hace efectiva, así como también pauta las expresiones colectivas de la profesión en la sociedad. El que estas orientaciones impregnen el ejercicio cotidiano de los trabajadores sociales, es decir que el “deber ser” se traduzca en “el ser” de la profesión, es uno de los desafíos del Trabajo Social en el contexto actual.

VI. Reflexiones finales

Sólo enfatizaremos aquí en forma breve, algunos aspectos que entendemos relevantes en este esfuerzo de aproximarnos a respuestas acerca de la pregunta inicial que motivó este trabajo.

Debemos subrayar en primer lugar que el Trabajo Social es una profesión compuesta por múltiples dimensiones interrelacionadas, las que se retroalimentan y se desarrollan en el accionar de los profesionales de modo fuertemente interdependiente. Es más, cabe decir que en la realidad, dichas dimensiones o componentes, en general no existen de modo aislado sino que son separadas en esa intención de desentrañar su complejidad para su mejor estudio y análisis. Esto no significa que en las situaciones concretas del trabajo de los profesionales, no se produzcan énfasis en algunos de los componentes o incluso que en ciertas intervenciones de los trabajadores sociales, alguna de las dimensiones se desarrolle en forma privilegiada o de modo independiente de las demás.

En segundo lugar, encontramos necesario destacar que la dimensión ético política

-marcando los valores y principios que orientan la acción y la direccionalidad de cada intervención- está presente en todas y cada una de las dimensiones que identificamos en forma genérica en el accionar del Trabajo Social: en la investigativa, en la asistencial y en la socioeducativa.

En este sentido son muchas las tensiones y los desafíos que el Trabajo Social debe enfrentar en la actualidad, en que sus propias condiciones y relaciones de trabajo, así como las condiciones de vida de la mayoría de la población, se ven profundamente alteradas por las transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales a las que venimos asistiendo en las últimas décadas. Por este motivo, tiene fundamental vigencia lo afirmado por Lamamota (2005) con relación a que se requiere “(...) un profesional culto, crítico y capaz de formular, recrear y evaluar propuestas que apunten para la progresiva democratización de las relaciones sociales. Se exige compromiso ético político con los valores democráticos y competencia teórico-metodológica” (...) “Estos elementos aliados a la investigación de la realidad posibilitan descifrar las situaciones particulares a las que se enfrenta el asistente social en su trabajo, de modo de conectarlas a los procesos sociales macroscópicos que las generan y las modifican”.

Al mismo tiempo destaca dicha autora que se necesita un profesional que tenga importantes destrezas “(...) técnico-operativas que le permitan potenciar las acciones en los niveles de asesoría, planeamiento, negociación, investigación y acción directa, estimulando la participación de los sujetos sociales en las acciones que les son inherentes en la defensa de sus derechos y en el acceso a los medios para ejercerlos”.

Bibliografía

AA.VV. “La formación y la intervención profesional. Hacia la construcción de proyectos ético-políticos en Trabajo Social”. Publicación de las ponencias del Encuentro Lati-

noamericano de Trabajo Social, FTS-UNLP. Espacio Editorial, Buenos Aires 2006.

Antunes, R. "Trabajo y precarización en un orden neoliberal". En: *La ciudadanía negada. Políticas de exclusión en la educación y el trabajo*. CLACSO, Buenos Aires 2001.

Antunes, R. "Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo". Edit. TEL-Herramienta, Buenos Aires 2005.

Augusto Paiva, B. "Reflexões sobre pesquisa e processos de formulação e gestão". En: *O trabalho do assistente social e as políticas sociais*. Capacitação em Serviço Social e Política Social. Módulo 4. CFESS-ABEPSS_Cead/NED-UnB, Brasília 2000.

Barroco, M. L. "Los fundamentos socio-históricos de la ética". En: *Servicio Social Crítico*. Borgianni, E.; Guerra, Y. y Montaña, C. (orgs.). Cortez Editora, San Pablo 2003.

Castel, R. *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós, Buenos Aires 1997.

De Martino, M. "Políticas sociales y familia. Estado de bienestar y neo-liberalismo familiarista". En: *Revista Fronteras* No 4. DTS-FCS, Montevideo 2001.

Duschatzky, S. (comp.) *Tutelados y asistidos: programas sociales, políticas públicas y subjetividad*. Editorial Paidós, Buenos Aires 2000.

Errandonea, A. "Disciplinariedad e interdisciplinariedad en Ciencias Sociales". En: *Revista de Ciencias Sociales*. FCS-Depto. de Sociología-FCU, Montevideo 1992.

Filgueira, F. "El nuevo modelo de prestaciones sociales en América Latina: eficiencia, residualismo y ciudadanía estratificada". En: Robert, B. (editor) *Ciudadanía y Política Social*. FLACSO, San José de Costa Rica 1998.

Foucault, M. *Microfísica do Poder*. Edições Graal, Rio de Janeiro 1979.

Freire, L. *Serviço Social Organizacional*. Ed. Cortez, San Pablo, 1983.

García Espíndola, A. "Dimensiones y principios en Trabajo Social: reflexiones desde la intervención profesional". En: *Temas de Trabajo Social*. Universidad de la República. Facultad de Ciencias Sociales. Curso de Trabajo Social-Ciclo Básico. Montevideo 2004.

Gomes Cardoso, F.; Maciel, M. "Mobilização e práticas educativas". En: *O trabalho do assistente social e as políticas sociais*. Capacitação em Serviço Social e Política Social. Módulo 4. CFESS-ABEPSS_Cead/NED-UnB, Brasília 2000.

Grassi, E. "La implicancia de la investigación social en la práctica profesional del Trabajo Social". En: *Revista Treball Social* No 135, Barcelona 1994.

Hobsbawm, E. *Historia del Siglo XX. 1914-1991*. Crítica, Barcelona 1998.

Iamamoto, M. *Renovação e conservadorismo no Serviço Social*. Ed. Cortez, San Pablo 1992.

Iamamoto, M. *El Servicio Social en la contemporaneidad: trabajo y formación profesional*. Ed. Cortez, San Pablo 1998.

Iamamoto, M. "El debate contemporáneo del Servicio Social y la ética profesional". En: *Servicio Social Crítico*. Borgianni, E.; Guerra, Y. y Montaña, C. (orgs.). Ed. Cortez, San Pablo 2003.

Iamamoto, M. "As dimensões ético-políticas y teórico-metodológicas no Serviço Social contemporâneo. Trajetória e desafios". En: *Boletín Electrónico Surá*. No 107, junio 2005.

Japiassu, H. *Interdisciplinaridade e patologia do saber*. Ed. Imago, Río de Janeiro 1976.

Kameyama, N. "La trayectoria de la producción de conocimientos en Servicio Social: avances y tendencias (1975-1997)". En: *CADERNOS ABESS* No 8. Ed. Cortez, San Pablo, 1998.

Kameyama, N. "A nova configuração das políticas sociais". En: *Revista Praia Vermelha* No 5. UFRJ-PPGESS, Río de Janeiro 2001.

Laurell, A. C. "Avanzar al pasado: la política social del neoliberalismo". En: *La política social hoy*, Borgianni, E.; Montaña, C. (orgs.). Ed. Cortez, San Pablo 2000.

Lopes, J. B. "Serviço Social na América Latina: Nas mallas da modernização conservadora e o projeto alternativo de sociedade." Tese de doutorado apresentada á PUC/SP, marzo 1998 (mimeo).

Midaglia, C. *Alternativas de protección a la infancia carenciada. La peculiar convivencia de lo público y lo privado en el Uruguay*. CLACSO-ASDI, Buenos Aires 2000.

Mioto, R.T. "Cuidados sociais dirigidos á familia e segmentos sociais vulneráveis". *CADERNOS CEAD*, mod.04. UnB, Brasília 2000.

Mioto, R.T. "A intervenção dos assistentes sociais junto a familias e a defesa dos direitos de crianças e adolescentes: a instrumentalidade do Serviço Social em quetao". En: *Anais do X CBASS*. CFESS/ABEPSS, Río de Janeiro 2001.

Mioto, R.T. "Trabalho com famílias: um desafio para os assistentes sociais". En: *Textos & Contextos*. No 3. PUC-RS, Porto Alegre 2004.

Mitjavila, M. "La externalidad de los discursos contemporáneos sobre la investigación

en Trabajo Social". En: *Revista Fronteras* No 3. DTS-FCU. Montevideo 1998.

Mourao Vasconcelos, E. "Serviço Social e interdisciplinariedad: el ejemplo de la salud mental". En: *Revista Serviço Social y Sociedade*. No 54. Ed. Cortez, San Pablo 1997.

Netto, J. P. *Ditadura e Serviço Social. Uma análise do Serviço Social no Brasil pós-64*. Ed. Cortez, San Pablo 1990.

Netto, J. P. *Capitalismo Monopolista e Serviço Social*. Ed. Cortez, San Pablo 1992.

Netto, J. P. "Transformaciones societarias y Servicio Social: notas para un análisis prospectivo de la profesión en Brasil". En: *Serviço Social y Sociedad*. No 50. Ed. Cortez, San Pablo 1996.

Pereyra, P. *Necesidades Humanas. Elementos para la crítica de los mínimos sociales*. Ed. Cortez, San Pablo 2000.

Quiroga, C. "Produção do conhecimento e o Serviço Social". Introducción. En: *CADERNOS ABESS* No 5. Ed. Cortez, San Pablo 1992.

Rosanvallon, P. *La nueva cuestión social. Repensando el estado Providencia*. Edit. Manantial, Buenos Aires 1995.

Sarachu, G. "Los procesos de problematización e intervención en Trabajo Social ante las transformaciones actuales". En: *Temas de Trabajo Social*. Universidad de la República. Facultad de Ciencias Sociales. Curso de Trabajo Social-Ciclo Básico, Montevideo 2004.

Seiblit, Z. "Tres dimensiones de la noción de interdisciplinariedad". En: *Revista Debates Sociais*. No 54-55. Co-edição Depto. de Serviço Social-PUC-RIO. Río de Janeiro 1995.

Varela, J. y Alvarez-Uria, F. "En torno a la crisis de los modelos de intervención so-

cial". En: *Genealogía y Sociología. Materiales para pensar la Modernidad*. Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires 1997.

Otros documentos consultados

Plan de Estudios 1992 de la Licenciatura en Trabajo Social. FCS. Montevideo 1993 (mimeo).

Código de Ética para el Servicio Social o Trabajo Social del Uruguay. Asociación de Asistentes Sociales del Uruguay (ADASU). Montevideo 2001 (mimeo).